

por lo menos le creció tres pulgadas... —¡No es bionca!

Sus dientes, no son los de antes feos, blancos y brillantes, hoy los tiene de un color tan... sucio, que es mucho peor que el de sus grasientos guantes.

—Parece mentira, amigo —Pues es tan cierto que... ¡digo! como que la he visto ayer, yendo yo con mi mujer, que si estoy solo la sigo,

Le iba á decir: descuidada, mujer que no aprecia en nada de la higiene el gran valor, mujer que ignora el honor de una persona limpiada...

Y si no le hiciera mella mi filípica á la ex-bella, le iba á decir al final que... ¡merecía un bozal quien se casara con ella!

—¿Y donde la has conocido? —En la casa del marido de Rosalia Colchón, la hija de aquel sesentón orgulloso y presumido.

—Pues, amigo, es imposible que ignores lo más terrible que hay en Andrea...

—Será; más te advierto desde ya que no hay cosa más horrible.

—Por más horrible que sea y aunque es muy sucia y muy fea, hay en ella algo peor...

—¿Y es? —Que éste, tu servidor es... el marido de Andrea!

ii

ALFREDO VAREL

# LA Peluca DE DON CASTO



## HISTORIA EXTRAORDINARIA

### PRIMERA JORNADA

Allá en el campo, en una llanura verde, pintoresca, tendida casi á orillas de un angosto arroyuelo, se levantaba hace muchísimos años una linda propiedad, alegre, de paredes blancas, rodeada de un

pequeño bosque de acacias y eucaliptus, y luciendo al frente, como complemento de su elegante fachada, un jardín magnífico, donde los colores más variados se proyectaban sobre el fondo oscuro de las hojas de las plantas y la espesa gramilla que cubría sus troncos. En esa vivienda, que era tan tranquila y feliz como lo aparentaba su exterior, vivían como dos tortolitos, amándose con dulce pasión, la bella Rosario, una mujercita de veintidos años, morena, esbelta, de ojos negros y alma bondadosa, y su esposo el joven Mauricio, un muchacho bastante guapo, de carácter afable y enamorado de la que era desde hacía poco tiempo su compañera, cual no lo estuvo nunca el más rendido y apasionado amante. Entregados por entero á la dicha de quererse y decirse libremente, sin más testigos que la Naturaleza, esa bondadosa protectora de los que se aman, olvidaban en la soledad del campo al resto de la humanidad; y en sus coloquios íntimos, cuando entrelazadas las manos y fundidas las miradas en una sola, vagaban á la ventura por entre el bosque cercano ó se extasiaban en la contemplación de una flor silvestre ó un pájaro que picaba tiernamente junto á su nido, se juraban uno á otro, sellando el juramento con un beso ardiente, que jamás abandonarían aquellos lugares, en que la vida les sonreía y les prometía dicha infinita.

La propiedad aquella estaba casi aislada, sin más vecindad que el arroyo que murmuraba día y noche en su lecho de arena y las aguiluchas inofensivas que poblaban el monte. Solo á lo lejos, del otro lado del arroyo, se divisaba una pequeña población, perdida en una hondonada profunda del terreno y oculta casi por un montón de arbustos espesos, que parecían cobijarla bajo sus ramas. Allí vivía, rodeado del mayor silencio, un hombre rarísimo, muy viejecito ya, que únicamente se debía ver por la tardes, á las puestas del sol, y á quien se conocía por el nombre de D. Casto, nombre que no era el propio y que le aplicó un ser desconocido á causa de su desmedida castidad y del recelo que mostraba el hallarse frente de alguna mujer.

Muy pocas veces se encontraban Rosario y Mauricio con D. Casto y cuando esto sucedía el extravagante personaje no disimulaba su disgusto, hasta el extremo de ponerse de un humor negro y alejarse rápidamente, refunfuñando contra aquellos importunos que se le antojaban odiosos. Los jóvenes esposos, contentos siempre, bastándose á sí mismos para ser felices, no reparaban en el mal efecto que su presencia producía á su extraño vecino, hasta que un suceso por demás curioso vino á sacarlos de la indiferencia en que vivían.

Una tarde de verano, calurosa y pesada en extremo, estaban Rosario y Mauricio sentados junto al arroyo, sobre la fresca arena, siguiendo con la vista el curso de las aguas y conversando cariñosamente de su existencia pasada y del porvenir risueño que vislumbraban. De pronto les llamó la atención un leve ruido que se produjo á sus espaldas, entre el follaje, y al volver la cabeza para ver lo que ocurría, se encontraron con unos ojos pequesitos, vidriosos, que miraban insistientemente á Rosario, ojos que no parecían de humanos, escondidos en el fondo de unas órbitas enormes, abiertas en un rostro arrugado, pálido, que temblaba debajo de una peluca rubia, casi colorada. Mauricio, alarmado por aquella aparición dió un salto brusco y se adelantó hacia ella, pero no con tanta rapidez que antes no desapareciera aquella, sin hacer ruido alguno, burlando las esperanzas del sorprendido joven. Mal impresionada por la escena, la pareja se dirigió á su casa después de breve rato, haciéndose toda clase de preguntas para buscar la clave del enigma que encerraba el percance del bosque. Al salvar una cuesta, desde la que se abarcaba un ancho trozo de campo, Rosario divisó un bulto que corría en dirección á la posesión de D. Casto y que de cuando en cuando se detenía para tomar aliento ó para observar si le seguían. Una onda asaltó entonces á Mauricio y á Rosario y aunque ninguno de los dos se la comunicó, se miraron uno á otro y parecieron comprenderse.

Muchos meses transcurrieron después sin que hubiera motivo para alarmarse, y tanto Mauricio como Rosario olvidaron en apariencia al extravagante viejo. Llegó el otoño, y una tarde espléndida, serena, sin una nube en el cielo ni un rumor en la tierra, la hermosa joven quiso subir á la azotea de su propiedad y extasiarse en la contemplación del terreno dilatado que se extendía hasta lo infinito, como una inmensa sábana verde, matizada á largos trechos de manchas claras y oscuras. Subió y empapó sus pupilas en el lindo cuadro que ofrecía el campo, pero pronto olvidó todo para abstraerse en sí misma y meditar sobre su estado, que en breve iba á sufrir un cambio radical. Mil y mil emociones embargaron su espíritu, y, por más que lo quería, no lograba explicarse con claridad una sola de ellas. De sus meditaciones la arrancó la presencia de un ser que atravesaba el campo, del otro lado del arroyo, y cuando su mirada pudo distinguirle

bien, lanzó un pequeño grito de angustia, ocultando el rostro entre las manos.

(Continúa)

Edo. Ferrerías

## En un abanico

Rosario, yo la suplico que sea más compasiva, y no me mande que escriba versos en este abanico.

Porque siendo tan discreta, ya se habrá usted apercebido que yo jamás he tenido ni aun visos de ser poeta.

Y mi paciencia se exalta dando vueltas al papel! sin encontrar nunca el consonante que hace falta.

Ni un pensamiento oportuno, ni aun una frase galante, ahora mismo, en este instante, no se me ocurre ninguno.

Pues decir que es hechicera y sus labios son de rosa, ¿no es verdad que es una cosa que se le ocurre á cualquiera?

Yo solamente de nuevo puedo decir: ¡la amo á usted! ¡pero es cosa en verdad, que... francamente, no me atrevo!

J. CARLOS CERUTI



## La colilla histórica

—Pues señor,—se dijo una mañana al levantarse el valiente comandante Chamusquilla,—estamos á 16, tenemos el 19 encima, el 19 es San José y San José, digo, José se llama el coronel. Hay por consiguiente que pensar en el regalo que se le hace á mi superior...

—¡Qué diablos le regalo yo al coronel!—prosiguió el veterano, mientras preparaba los trebejes de afeitarse,—una petaca?... el año pasado se le regalaron 36 y supongo que no las habrá gastado todas. ¿Un cajón de habanos? Por poco decentes que sean y á don José le gusta fumar de lo bueno, me va á costar un sentido y no estoy por el momento en fondos. A decir verdad, no lo estoy nunca, en fondos... Siempre estoy con agua hasta el cuello... pero en este momento histórico, como suele decir el capitán Verduguillo, los apuros son todavía mayores.

—Le regalaré una fosforera de plata?... Las vi el otro día, muy bonitas, en no sé donde, á 7 y 5 reales. Esto es... le compraré una con sus iniciales... pero... no... ahora recuerdo que el coronel usa una fosforera de oro que le regaló el teniente y mi ofrenda parecería muy mezquina, cosa de pobretones... Pues, señor, ¡qué puedo regalarle yo á ese hombre!...

Y Chamusquilla, muy preocupado, empezó á frotarse frenéticamente las mejillas con la brocha empapada en jatón. Después de este preámbulo obligatorio que no duró menos de cinco minutos, el buen comandante paseó con mucho tino la afilada navaja sobre su cutis cerdoso.

Pero de pronto soltó un taco de los más expresivos. ¡Lo que es la fuerza expansiva de las ideas,